

© EDITORIAL UNIVERSITARIA S.A.

Inscripción N° 39.266

Derechos exclusivos reservados

1ª edición en francés, *Guerre et Société au Chili*
Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine,
Université de Paris, Paris, 1961

1ª edición en español, Editorial Universitaria
Santiago de Chile, 1971

La reproducción total o parcial de esta obra por medio de
fotocopias o cualquier otro método, está penada por la Ley

ISBN 84-8340-213-0

Se terminó de imprimir esta 4ª edición
en los talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA
San Francisco 454, Santiago de Chile
en el mes de junio de 1987

CUBIERTA

Detalle del cuadro, *La Serie de Triunfos*,
de Alejandro Farnesio. Año 1700.

GUERRA Y SOCIEDAD EN CHILE

y otros temas afines

Tercera edición

ALVARO JARA



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Los métodos de la guerra: el ejército indígena

Los indios acostumbra a decir hablando con sus lanzas: Este es mi amo: este no me manda que le saque oro, ni que le traiga yerba ni leña, ni que le guarde el ganado, ni que le siembre ni siegue. Y pues este amo me sustenta en libertad, con él me quiero andar. (Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra de Chile*, pág. 105).

Escribir en Chile sobre las condiciones militares de los araucanos o sobre las formas de su organización guerrera, parece realmente una redundancia. La bibliografía —literaria o científica— en torno del asunto es demasiado numerosa y a nadie se escapan las dificultades de adquirir originalidad al referirse a él. Teniendo presentes estas razones, este capítulo no ha sido concebido con la finalidad de efectuar una descripción completa y circunstanciada de los elementos del ejército araucano, sino incidir sólo en lo referente a aclarar aquello que pueda hacer más comprensibles los problemas que se les crearon a los españoles en el desarrollo de la lucha contra los indígenas de guerra. Fundamentalmente interesa el concepto de que el ejército indígena no permaneció estático, pues múltiples causas influyeron en su transformación. Se trata también, aparte de mitos y fraseología, de determinar las circunstancias históricas que prolongaron la guerra de Arauco durante un lapso en apariencia tan desmedido.

Es en este último terreno que Chile parece presentar un fenómeno excepcional dentro del marco americano, lo cual no hace más que aumentar la necesidad de desentrañar las características explicativas del fenómeno. Sin embargo, sólo el estudio de la capacidad militar de indígenas y españoles, analizados conjuntamente y a base de las circunstancias imperantes, permitirá establecer la verdad. No basta analizar uno u otro de los factores: hay que considerarlos tal como estuvieron en su realidad, fuertemente conjugados y determinados recíprocamente.

Hay un hecho resaltante en Chile. La conquista española se asentó con mayor firmeza en la región situada al norte del Bío-Bío y, por el contrario, desde la llamada Frontera hacia el sur, la dominación se mantuvo precaria durante todo el curso del siglo XVI, obligando a los conquistadores a desgastarse permanentemente para asegurar la estabilidad de ese territorio, hasta que a fines del siglo la guerra hizo crisis. La rebelión indígena comenzada a fines de 1598 culminó con la destrucción de las siete ciudades, el sur completo fue recuperado por los indios, los españoles se vieron obligados a replegarse en una franja más estrecha del territorio.

Para esbozar una explicación congruente de todos estos hechos, es preciso remontarse a las primeras épocas de la conquista y analizar también el carácter de la sociedad indígena encontrada por los españoles en Chile.

Con este objeto, el uso de ciertos elementos comparativos ayudará a proporcionar mayor luz. Contrastando con la lentitud de la conquista en Chile, están las de México y Perú. Estas dos semejan verdaderos milagros del genio militar por la rapidez con que fueron ejecutadas y la facilidad con que la población se sometió a la nueva dominación, sin que hubiera una desarticulación completa de sus respectivas estructuras. Por el contrario, muchos de sus rasgos esenciales siguieron funcionando con eficiencia en las nuevas condiciones.

Cabría preguntarse si la sociedad azteca o la incaica eran en todo semejantes a la prehispánica de Chile y en segundo lugar, si esta última era unitaria y homogénea.

Con respecto a la primera formulación, resulta evidente la profunda diferencia existente entre ellas. Mientras en unas el Estado había alcanzado un alto nivel de desarrollo, en la otra todavía no se hacía presente. Sólo de momento y para plantear estas diferencias generales será mantenido el concepto del carácter singular, en el sentido de número, de la sociedad aborigen chilena, cuyo ámbito queda delimitado a los términos geográficos del reino de Chile, vale decir desde el despoblado de Atacama hasta el seno de Reloncaví y Chiloé, aunque esta última región insular merecería trato aparte y posterior.

Observando la conquista de América, el grado de desenvolvimiento alcanzado por el Estado parece encontrarse en

razón directa con la mayor o menor facilidad de la asimilación de la sociedad indígena a las normas impuestas por el conquistador. Y ello se debe a que el desarrollo del Estado implica la existencia de toda una serie de características y modalidades en la estructura de la sociedad, que no son sólo políticas, sino en forma principal sociales y económicas.

En lo social, en el imperio incaico existía una profunda división entre las diferentes capas de la población. La familia real, la nobleza y la clase sacerdotal constituían categorías especiales de la sociedad, la clase privilegiada que detentaba el poder político, el poder militar y el poder económico. El resto de la población, la clase trabajadora, estaba llena de obligaciones y usos impuestos por las necesidades de un Estado bastante evolucionado. En la economía incaica, la unidad familiar y agraria no dependía de sí misma. Estaba obligada a un cierto régimen de trabajo y prestaciones, en base a una organización decimal y a una división de la población por edades, cada una de las cuales tenía sus obligaciones propias y debía producir un cierto excedente de energía o de productos que estaba destinado al mantenimiento del inca, de la nobleza, de los templos o de la organización del imperio, como era el caso de las vías de comunicación. Este excedente se empleaba por lo general en asuntos ajenos al conocimiento o al interés inmediato de aquellos que lo producían. En México también existía una acentuada división del trabajo y en ambos lugares había una casta militar que tenía una amplia ingerencia en la protección y en el respaldo del Estado. En el Perú se había llegado a una unificación territorial de grandes proporciones, regida por una voluntad única y férrea.

En cambio, en Chile el panorama era bien distinto y aquí se hace necesario vincular el tema del Estado con la unidad o falta de unidad de la sociedad primitiva establecida en el territorio. Se puede estimar que la porción de territorio que llegaba por el sur hasta el Maule y presuntamente hasta el Bío-Bío formaba parte del imperio incaico y que, por lo tanto, estaba sometida a su influencia directa, aunque fuera ésta amortiguada por el carácter remoto y periférico. Esta misma región había experimentado con anterioridad otras influencias culturales más evolucionadas, de tal manera que

estas modificaciones no se remontan en forma exclusiva a los setenta u ochenta años de dominación incásica. Se puede mencionar entre las modificaciones introducidas mejores técnicas de cultivo; el concepto de la tributación, transformado o expresado en el envío de metales preciosos dada la distancia con respecto al centro del imperio; la ampliación de la ganadería; la metalurgia; la presencia de autoridades del inca, extranjeras a los territorios ocupados, complementadas por mitimaes y seguramente por guarniciones militares que era preciso alimentar y abastecer. En la parte norte del reino de Chile, los grupos indígenas habían sido conformados por diferentes influencias, pero cualquiera que sea su origen, ellas modificaron hábitos, costumbres y pensamientos, en especial y para lo que al tema interesa, en cuanto a soportar una dominación y haber aprendido a producir un excedente para ella, ya fuese en prestaciones o en tributos en especie.

A la inversa, en la región continental situada al sur del Bío-Bío la agricultura era en extremo incipiente y no proporcionaba a los indígenas todas sus fuentes de subsistencia, que todavía las seguían obteniendo en forma complementaria de la recolección y de la pesca y la caza. No eran ya las condiciones de existencia absolutamente precarias de los recolectores, pero tampoco la existencia asegurada del agricultor que cubre con sus cosechas las necesidades de todo el año y que incluso puede destinar un sobrante al intercambio por productos de que carece. Los hábitos de trabajo, por de consiguiente, no eran todavía sino muy débiles y la organización política prácticamente no existía. El concepto inmediato y en vigor era el del grupo familiar y las obligaciones no se extendían más allá, salvo en caso de peligro general. Pero la vida diaria se planteaba en pugna con los otros grupos familiares circundantes, a los cuales habría que despojar en caso de necesidad imperiosa.

En las condiciones señaladas en forma tan somera, para el caso del Perú o México, el reemplazo del grupo dominante por el conquistador europeo no era demasiado difícil. La distancia cultural era grande, pero no tan inmensa como en el caso de los indígenas establecidos al sur del Bío-Bío. En el Perú, se trataba de un cambio que traía, es cierto, varian-

tes apreciables, pero la modificación era de grado y no sustancial, no implicaba desde el primer momento una transformación completa de la sociedad. Una dominación social era reemplazada por otra y paulatinamente se iría ajustando a los moldes que el conquistador español deseaba o podía imponer con los medios a su disposición. Incluso la importancia de los funcionarios indígenas intermedios fue bien comprendida por los españoles, ya que siguieron siendo el contacto entre el Estado y la gran masa del pueblo. Se los transformó en colaboracionistas del nuevo sistema, dándoles una situación privilegiada, con lo que se aseguró su adhesión por motivos concretos y el español obtuvo en su favor un factor de estabilidad, al mismo tiempo que se le facilitaba la obtención de los tributos y el empleo de la mano de obra.

Siguiendo este razonamiento, la dominación de la región norte del reino de Chile debía ser también menos laboriosa al conquistador español, aunque la distancia cultural entre uno y otro era mayor que la del europeo con el habitante del imperio incaico central. Y en realidad, la conquista española se afianzó con mayor rapidez en esta sección del territorio. Y también, dentro de este mismo concepto, una de las causas de la prolongada resistencia opuesta al conquistador por los grupos indígenas de allende el Bío-Bío debe buscarse en la enorme distancia cultural que separaba a ambos, imposible de salvar con la sola dominación militar, tan inestable por su carácter señorial y privado. Pero, sin embargo, estos no son sino una parte de los factores condicionantes de la guerra de Arauco.

La falta de una mayor evolución de la sociedad indígena situada al sur de la Frontera derivaba en otros aspectos, por igual importantes en el concepto bélico. Uno de ellos era la falta de cohesión de los diversos grupos familiares, aquello que los españoles definían como la ausencia de una cabeza o rey que los dirigiera. Si una parcialidad daba la paz, otras se mantenían al margen de los tratos, ya que no había una autoridad única que rigiera a todas, o bien, si varias daban la paz, ésta no era duradera, por la misma razón, y algunas parcialidades terminaban siguiendo su propia política, muchas veces accidental. Esta carencia de sentido unitario en la sociedad indígena es lo que conduce casi a inhabilitar el concepto

de sociedad, expresado en singular. Más justo sería hablar de sociedades o de grupos.

Se desprende de estos hechos la necesidad de abordar con cierto detalle por lo menos algunos aspectos de la organización social de los indígenas chilenos de guerra, con el fin de establecer su sistema bélico general, sus posibilidades técnicas y su armamento. Al mismo tiempo fluirá de este examen el nivel, la desigualdad profunda entre el bando indígena y los recursos, métodos y organización del bando español en los primeros tiempos de la conquista.

Latcham y Guevara están acordes en la descripción de los pequeños núcleos familiares en que se agrupaban los araucanos, denominados »rehue« o »lov«, constituidos por un conjunto de habitaciones que formaban modestos caseríos y no excedían por lo general de unos cincuenta ranchos⁶⁸. En cada uno de estos rancheríos había un jefe y el conjunto de grupos de una zona se sentía ligado por lazos familiares y de intereses y con frecuencia se unían por razones de defensa mutua y se llamaban en este caso »aillarhue«. A juicio de Guevara, la unidad de la tribu aparecía menos determinada, ya que »la familia estaba fundada en la consanguinidad y la tribu en la asociación convencional«⁶⁹. Esta unidad sólo se afirmaba en tiempos de guerra, pero sin que perdieran su autonomía los diferentes grupos que componían la asociación. La autoridad que ejercía el jefe ocasional era bastante floja y su prestigio dependía mucho de sus condiciones personales, de la cantidad de su parentela, del número de sus animales y de sus bienes muebles. Sus facultades no eran autoritarias y no podía tomar resoluciones sin la anuencia de los otros jefes. El paso de la tribu a la federación tribal era todavía más inestable y su existencia absolutamente transitoria. Por otra parte, antes de la llegada de los españoles mayores peligros no amenazaban a los araucanos y no existían razones para una mayor cohesión entre los diversos grupos araucanos; sino que al contrario, todas las condiciones naturales conducían a la segregación de las parcialidades y su subdivisión en grupos poco numerosos e independientes⁷⁰.

No existía, pues, entre los araucanos una unión de tipo estatal a semejanza del imperio incaico. Desde el ángulo de la disponibilidad de grandes recursos para la guerra, estos

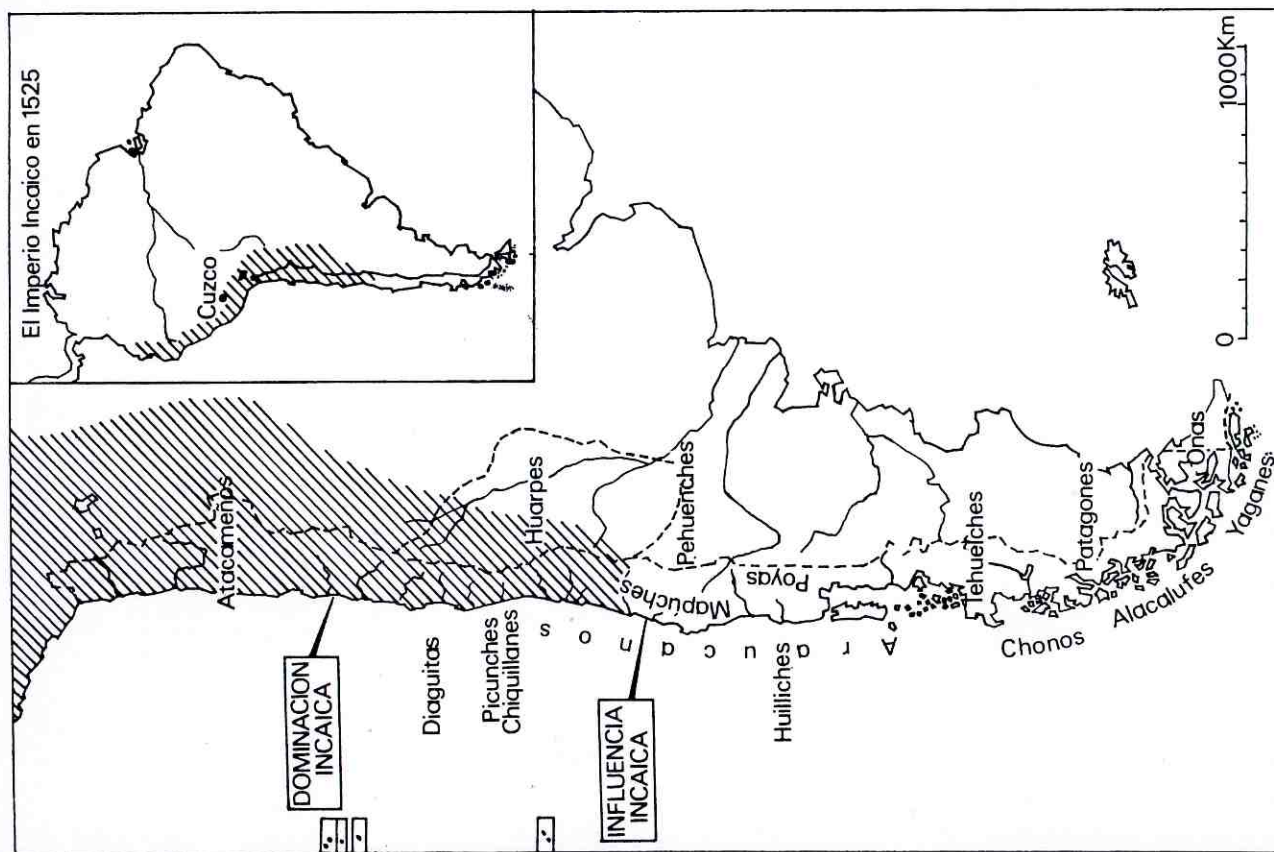
eran factores adversos para los indígenas. Grupos que estaban saliendo de la edad de piedra y que además carecían de toda cohesión no estaban posibilitados de ofrecer una resistencia armada organizada y permanente. Esta es una de las circunstancias determinantes del carácter esporádico y focal de las acciones bélicas, especialmente en los primeros tiempos. Después se produjeron modificaciones substanciales, que lograron llevar a los alzamientos generales.

Esta organización social de los araucanos era producto del estado cultural en que se encontraban, y afectaba no sólo a su estructura como grupos, sino también en el orden psicológico, en el orden técnico y en general en todos los aspectos de la vida.

Probablemente el indio nunca llegó a tener un conocimiento cabal de su enemigo español. Dado el horizonte geográfico y cultural de esta sociedad primitiva no puede haber existido la comprensión de la verdadera potencia y volumen de la conquista española en América, ni tampoco una idea clara de la fuente genética de la conquista, de la capacidad bélica potencial de España. Al decir de los cronistas y de muchos testigos, cada refuerzo hispano que llegaba a participar en la guerra de Arauco, se les aparecía a los indígenas como el último movimiento de fuerza de que eran capaces los españoles. Y es natural que esta forma de ver la guerra los condujo a pensar que bastaba terminar con los españoles que existían en Chile. Poder apreciar todas las razones estratégicas que España tenía para no abandonar el territorio estaba por completo fuera del alcance de su comprensión. Es probable que este mismo desconocimiento del adversario les proporcionó una posición más optimista de la que hubiesen tenido en el caso contrario.

Con un concepto bien claro de esta actitud escribía Alonso González de Nájera a comienzos del siglo XVII: «párecéles que cualquier socorro que va a Chile es el fin y remate de toda la gente española que se puede enviar a aquel reino, y por ello ya no podrá enviarse otro socorro, por habernos ellos ido consumiendo y acabando».

El mismo autor cuenta la anécdota de un cacique que se reía del rey de España al saber que no tenía más que una esposa, lo cual lo hacía carecer de grandeza a sus ojos⁷¹.

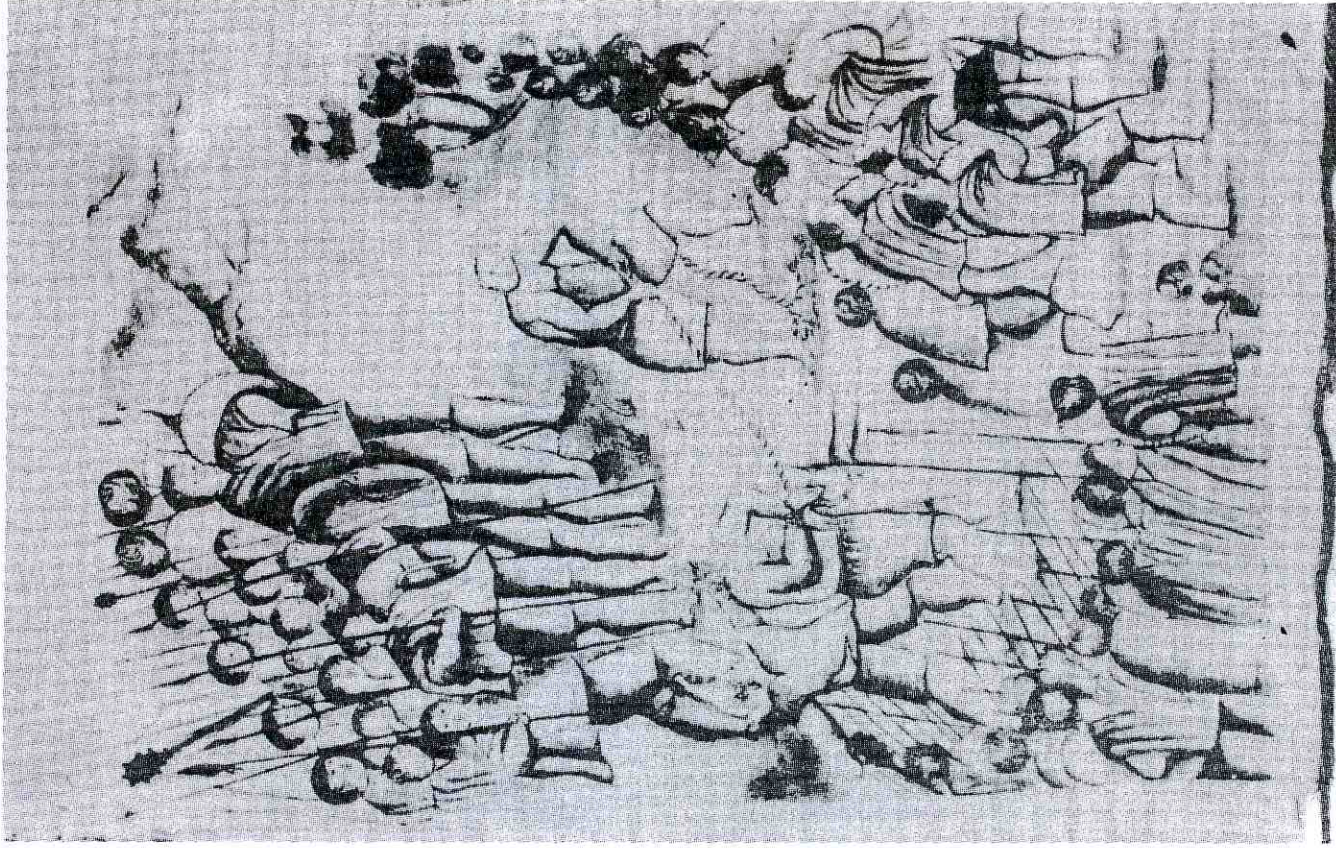


Las poblaciones indígenas del territorio chileno durante la conquista española.

Desde el punto de vista psicológico, el impacto producido por la aparición de los soldados españoles fue inmenso, y seguramente no menor que el producido en otros lugares de América donde había aborígenes más evolucionados que los de Chile. En los primeros tiempos caballos y armas de fuego eran escasos, pero aun en pequeño número eran un factor bélico de primera magnitud. Llegar a ponerse al mismo nivel de hombres que tenían estos elementos a su disposición exigió un trecho largo. En cuanto al caballo se logró por parte del indio la equiparación, pero en las armas de fuego la asimilación fue imposible, aunque los intentos no faltaron, y si salieron fallidos se debió a que el uso de las armas de fuego requería un avance técnico que era imposible obviar. No bastaba con imitar o aprender el uso de ellas, era necesario adquirir también los conocimientos imprescindibles a la preparación de la pólvora y de la mecha e incluso parece que la sangre fría complementaría al manejo de las armas de fuego nunca pudo ser bien adquirida por los indios.

El araucano no concebía la guerra sólo en lo material. Denota de toda sociedad primitiva la lucha contra el enemigo implícita ciertas prácticas mágicas, que tienen por lo general una importancia del mismo rango que el aspecto tecnológico. Estas prácticas no fueron ajenas al proceder de los indígenas chilenos y las crónicas dan abundantes testimonios de ellas. Es claro que los españoles también concedían importancia a la intervención de las potencias sobrenaturales, pero tenían muchas más razones que los indios para confiar en la eficacia de su armamento y en su poder ofensivo.

Pineda y Bascañán relata el sacrificio de un soldado español prisionero de guerra de los indios. Le hicieron tomar una docena de pequeños trozos de madera y le hicieron dar un nombre de militar español a cada uno de ellos, los que debía ir arrojando a un hoyo hecho en la tierra y repitiendo al ejecutarlo su denominación, y cubrirlos en seguida con la misma tierra que había sacado. Cuando estaba en esta última operación, le fue dado en la cabeza un golpe de macana. »Al instante los acólitos que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando, y se lo entregaron a mi amo, que después de haberle chupado la sangre, le trajeron una quita de tabaco, y cogiendo humo en la



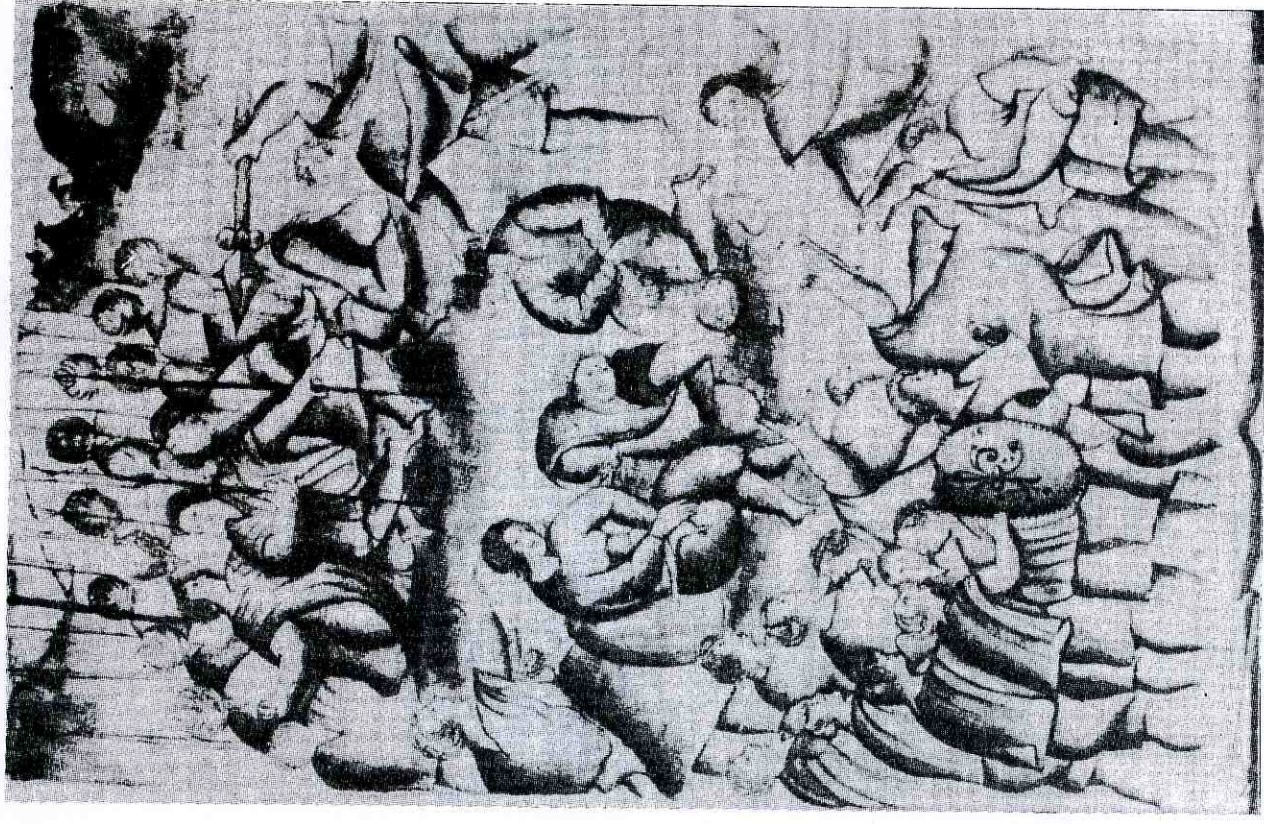
Cautivo español conducido al lugar del sacrificio (Pineda y Bascañán)

boca, lo fue echando a una y otras partes, como incensando al demonio a quien habían ofrecido aquel sacrificio. Pasó el corazón de mano en mano, y fueron haciendo con él la propia ceremonia que mi amo; y en el entretanto andaban cuatro o seis de ellos con sus lanzas corriendo a la redonda del pobre difunto, dando gritos y voces a su usanza, y haciendo con los pies los demás temblar la tierra. Acabado este bárbaro y mal rito, volvió el corazón a manos de mi amo, y haciendo de él unos pequeños pedazos, entre todos se lo fueron comiendo con gran presteza⁷². Al parecer, en este procedimiento narrado por Pineda había un doble propósito mágico. Uno relacionado con los militares españoles, que simbólicamente se enterraban en el hoyo, cada uno representado por un trocito de maderita y un segundo, consistente en chupar la sangre y comerse el corazón del sacrificado, con lo que se asimilaban su valor.

La versión del padre Rosales sobre estos sacrificios añade algunos detalles más, como el de las flautas que hacían con toda rapidez de las canillas del sacrificado, o el de la cabeza, que una vez cortada, la hacían rodar hacia la tierra del enemigo, retándolo y diciendo que habían de hacer lo mismo con todos. Si la cabeza quedaba vuelta hacia ellos, lo interpretaban como de mal augurio y si, por el contrario, quedaba con el rostro hacia el enemigo, era señal de que habían de alcanzar victoria y era de buen agüero.

Rosales agrega que los indios amigos de los españoles conservaban estas prácticas de tipo mágico y su testimonio se refiere hasta entrada la segunda mitad del siglo xvii, las cuales eran toleradas por los españoles, que comprendían colaborar así al mantenimiento del espíritu guerrero de sus colaboradores, especificando que «cuando han querido conservar a un indio esclavo para servirse de él o para venderle, le han librado de la muerte, y aunque los indios le han pedido para matarle, con buenas razones le han conservado»⁷³.

Las que anotamos no eran las únicas prácticas mágicas usadas por los araucanos con fines bélicos. Una vez asimilado el uso del caballo, éste fue adaptado a su mundo espiritual, incorporándose en forma especial a sus costumbres, como la de frotarle las patas con pezuñas de huanaco, para darle mayor velocidad.



El cautivo español en el momento de ser sacrificado (Pineda y Bascuñán)

El historiador argentino Alberto Salas sostiene que «la guerra mágica que el indio realizó contra el conquistador debió ser tan intensa como inadvertida», citando numerosos ejemplos de diversos lugares de América y en particular algunos del norte de Argentina, consistentes en pictografías hechas en paredes de cavernas, representando a guerreros españoles montados en sus caballos⁷⁴. En este aspecto, las crónicas testimonian que los araucanos no constituyeron excepción.

En lo que se refiere a las motivaciones bélicas de los araucanos, no se diferencian mucho de los otros pueblos primitivos. Se trata de la autoconservación, que puede ser entendida desde diversos puntos de vista, o de obtener botín. Maurice R. Davie, que ha elaborado un libro sobre la guerra en las sociedades primitivas, distingue cuatro tipos de razones como generativas de conflictos: por motivos económicos, por mujeres, por la gloria y por cuestiones religiosas⁷⁵. El mundo religioso forma parte del conjunto total de la vida y su defensa no significa sino oponerse a la intrusión de los dominadores, que quieren a su vez reemplazarlo por sus propias convicciones. El deseo de obtener mujeres no forma parte sino del botín y es un aspecto de la riqueza. En cuanto al deseo de la gloria, muy marcado en los pueblos primitivos y persistente en la posterior evolución, es un complemento dinámico que tiende a proteger la subsistencia del grupo mediante el sacrificio de algunos de sus miembros. Creemos, pues, que todo viene a resumirse en los motivos económicos y en el deseo de autoconservación.

Derivado del sistema de organización social de los araucanos aparece su sistema de reclutamiento y de constituir ejércitos para ir a la guerra.

Las juntas generales se verificaban por lo común en la primavera y durante el resto del tiempo hasta los fines del verano, aunque podían verificarse también en épocas del año más rigurosas. En ellas se discutían las razones que había para declarar la guerra y se designaba al director de operaciones, ya fuese uno de los toquis principales o algún indio de reconocidas dotes militares. «Este jefe fijaba el número de conas o soldados con que debía contribuir cada una de las secciones aliadas». La conducción de las operaciones recibía la cooperación

de los caciques que también iban a ellas conduciendo sus grupos cada uno, «en calidad de auxiliares del jefe proclamado como principal». Es interesante constatar que cada soldado debía procurarse sus propias armas⁷⁶, lo que demuestra la ausencia del sentido unitario o estatal. Cada uno de los soldados indígenas llevaba una pequeña bolsa con su alimento, especialmente harina tostada, «y cuando mucho llevan para ocho días y acabado el cocaví luego se deshace la junta»⁷⁷. Lo corrobora Rosales hablando del cerco del fuerte de Arauco después de la muerte de Oñez de Loyola, el cual sustentaron los indios «catorce días, que es harto para estos indios, que son impacientes y no llevan comida para sustentar un cerco mucho tiempo, porque todos sus víveres son una taleguilla de harina de cebada que lleva cada uno y en acabándose, se acabó el cerco»⁷⁸.

Un documento de fines del siglo xvi corrobora estos asertos. El informe de Miguel de Olaverriá, fechado en 1594, establece que los indios «en la guerra y para juntarse en ella y ser regidos y mandados eligen en cada parcialidad los dichos caciques para su general el hombre de más opinión y valor della, ora sea cacique o indio particular y al tal obedecen con mucha sujeción y respeto, y éste con sus soldados defiende su tierra cuando andan españoles en ella o si es llamado de otras provincias acude a la que pide favor sin llevar más paga él ni sus soldados que ser bien hospedados y agasajados y si sucede matarle algunos indios en la jornada, la provincia que pidió favor satisface las muertes a los deudos más cercanos con caballos, ropa, chaquiras, armas y otras presecas que ellos usan»⁷⁹.

Se puede concluir que por numerosos que fuesen los soldados indígenas, su organización militar en cuerpos de ejército era esporádica y no permanente, lo que limitaba su capacidad ofensiva a circunstancias particulares. El período de campaña estaba limitado también a los recursos que cada uno podía procurarse o transportar, lo cual derivaba en posibilidades ofensivas muy cortas, que no podían pasar del carácter de incursiones rápidas al territorio enemigo. «Pero los deseos de combatir, el aliciente de un abundante saqueo, todo fracasaba cuando sobrevenía algún accidente supersticioso». Igualmente, la disciplina se perdía en el momento de

apropiarse el botín, pues su reparto no se atenia sino a lo que cada uno podía tomar y el regreso a sus casas se efectuaba sin ninguna cohesión.⁸⁰

En el armamento el contraste profundo entre los dos bandos equivalía a un abismo. Entre los indígenas no se había difundido todavía el uso de los metales y por consiguiente, sus recursos técnicos eran de notoria inferioridad frente a los de los españoles. En los primeros tiempos parece no usarse sino la porra forrada en cobre, de importación peruana, como única arma en que se utilizaba el metal.

Los historiadores han abundado en la supremacía que concedía a los españoles el uso de las armas de fuego y del caballo. Para oponerse a ellos los indígenas disponían del arco y la flecha, con punta de piedra, de la lanza aguzada y tomada al fuego para endurecerla, de la mazá, de la macana, de la honda y la pica⁸¹. Estas eran las armas ofensivas. Las defensivas consistían en rodelas, morriones y coseletes de cuero o de madera, como los que describe González de Nájera, de barras de ballena o cosidas a ellas tablas del ancho de una mano. Hacían las armas »raspándolas con conchas marinas, que les sirven de cepillos«⁸².

En el excelente trabajo de Cooper se mencionan complementos del sistema defensivo indígena, consistentes en trincheras protegidas con ramas espinudas, trampas y zanjias con estacas aguzadas en el fondo y también los fuertes de troncos y palizadas⁸³, descritos antes por Medina⁸⁴, siguiendo a Ercilla y Rosales. Este último proporciona algunos detalles del fuerte construido por Michimalongo en Aconcagua para oponerse a Valdivia, que estaba hecho de »algarrobos y espinos, muy gruesos y agudos«, del cual los españoles quedaron admirados »de ver su fortaleza y anchura«⁸⁵. A su vez Mariño de Lovera, que proporciona noticias más frecuentes de estas fortificaciones, describe una hecha en 1590 en la cuesta de Villagra, en la entrada de Arauco, donde »los indios tenían puestas muchas albarradas y estanquerías y abierto hoyos, con otras estratagemas y prevenciones«⁸⁶. Las referencias de Mariño de Lovera son muy numerosas, aunque no siempre tienen el suficiente detalle⁸⁷, pero ello demuestra que las fortificaciones eran una parte importante del sistema indígena de defensa.

La resistencia del indio, en especial en la región situada al sur del Bío-Bío, a adaptarse a la dominación de los españoles, que suponía una transformación sustancial de su forma de vida, le llevó a desarrollar una actividad guerrera defensiva que influyó de manera apreciable en su sistema bélico, pues enfrentaba a un adversario por entero diferente en este terreno a sus anteriores y esporádicos enemigos aborígenes. En el curso del siglo xvi tiene lugar una adaptación y un mejoramiento de sus técnicas guerreras tan decisivo, que logró poner en jaque a la sociedad española.

La pica araucana fue adaptada a la lucha contra la caballería española aumentando su longitud, que llegó hasta a los seis y ocho metros, dispuestas en una doble fila de piqueiros para enfrentar el ataque. La fila de adelante manejaba picas de cuatro o cinco metros y la segunda las más largas, creando así grandes dificultades a las embestidas de los españoles⁸⁸. Las puntas de estas picas habían pasado del simple endurecimiento a fuego, a tener »por hierros, pedazos de espadas españolas con amoladas puntas, y muchas hojas enteras, muy limpias y resplandecientes, con que aumentaban su longura« (González de Nájera, p. 95). Además de las medias espadas, ponían también en las puntas de las picas dagas y puñales que habían tomado a los españoles (Mariño de Lovera, p. 321). Las espadas las trozaban para poder armar así mayor número de picas, pero a comienzos del siglo xvii la infantería las usaba enteras en sus picas y la caballería indígena en trozos, aprovechando también los cuchillos, machetes y hachas. Las hachas les servían además para atacar los fuertes españoles, casi todos hechos de troncos, »cortando los palos por el pie y desbaratándolos« (González de Nájera, pp. 170-171).

Junto con el mejoramiento de sus picas, crearon otras armas muy eficaces para combatir a la caballería española. Fabricaban gran cantidad de garrotes arrojadizos, del tamaño de un brazo, que lanzaban contra la cabeza de los caballos, consiguiendo que éstos perdieran el control. Complemento de los garrotes fue un ardid inventado para sacar al jinete de la silla, que consistía en una pértiga larga, en cuyo extremo ponían un lazo abierto de fibras vegetales. Un hombre armado de este instrumento y protegido por cinco o seis macaneros,

se acercaba hasta el jinete español, lo enlazaba y todos juntos tiraban para arrancarlo de la silla y echarlo al suelo. Caído, los macaneros daban pronta cuenta con los golpes de su terrible y pesada arma (Latham, pp. 53-55).

Pero donde la asimilación a las tácticas europeas alcanzó mayor importancia fue en la incorporación del caballo al ejército indígena. Hay que destacar que no se trató de una simple copia, sino por el contrario, de una completa adaptación, con algunas creaciones propias. A partir del último tercio del siglo xvi los araucanos comenzaron a usar el caballo en forma creciente y continuada. La caballería indígena apareció ya durante el gobierno de Melchor Bravo de Saravia, es decir, desde fines de la década del sesenta. A medida que avanzaba la centuria iban haciéndose cada vez más diestros en su manejo y más interesados en aumentar sus disponibilidades de buenas tropillas de caballos. Es frecuente encontrar alusiones a caballería indígena durante esos años, como también a las emboscadas que echaban los españoles a los indios, poniéndolos como cebo algunos caballos, lo que no demuestra sino el deseo de éstos de procurárselos, a pesar de que ya se contaban por centenas los indios de caballería en las batallas. La audacia indígena creció hasta términos tales que solían hacer incursiones rápidas al interior de las ciudades españolas, como un asalto a la Imperial relatado por Mariño de Lovera, el cual fue efectuado en 1594 por doscientos indígenas de a caballo, que »entraron dentro della corriendo todas las calles y quemando muchas casas, sin ser parte para impedirselo los soldados del pueblo, que eran más de 100« (Mariño de Lovera, p. 446). Los españoles de la época tenían perfecta conciencia de ello, pues otro autor afirma que »es tanto el ánimo que se les ha infundido a los indios viéndose con tan gran número de caballería, que con ella se atreven a embestir nuestras escoltas y otro cualquier cuerpo de gente, aunque esté con las armas en las manos, habiendo perdido mucha parte del respeto y temor que en otro tiempo tenían a las de fuego« (González de Nájera, p. 113). Jerónimo de Quiroga, cronista más tardío, hace aparecer en tiempos de Oñez de Loyola a los indios »de Purén en batalla, en número de 3.000 caballos y 5.000 infantes«⁸⁹, aunque la cifra parece bastante exagerada, ya que no se refiere más que a una parcialidad, pero la

verdad es que los indios habían llegado a poseer tantos o más caballos que los propios españoles. Un testigo de vista relata la forma en que los indios se procuraban sus monturas. Se metían entre los rebaños, pretextando ser indios amigos, con la lanza atada al pie y arrastrándola con precaución, simulaban estar cortando yerba y de pronto, elegido el caballo, le sacaban la manea, hacían rienda de ella, saltaban sobre la cabalgadura lanza en mano y escapaban con increíble celeridad (González de Nájera, p. 112). El método del robo de caballos llegó a generalizarse tanto que un cronista establece que a mediados del siglo xvii éstos eran »bienes comunes, por el uso que hay de hurtarlos unos a otros«⁹⁰.

El araucano adaptó la silla de montar española a su sistema de caballería ligera, haciéndola más sencilla y más liviana, para dar mayor movilidad a sus corceles. La usaban »de unos fustecillos pequeños hechos de madera muy leve, tan amoldados a sus caballos con sus cojines de lana, que no viene a pesar todo seis libras. Y por ser las nuestras muy pesadas y cargadas de ropa, dicen ellos que afligen nuestros caballos y los cansan presto; y así las que llegan a su poder cuando ganan caballos ensillados y enfrenados en alguna victoria, luego las desbaratan, deshacen, adelgazan y cercenan cuanto pueden«. La brida, riendas y cabezada las hacían de cuero o de cuerdas, los frenos de madera y los estribos eran una sencilla argolla, también de madera, donde introducían nada más que el dedo gordo del pie. El caballo solía ir protegido por unas ijadas de cuero y no usaban herraduras. El instrumento de llamada que usaba la caballería indígena era muy particular y al parecer poco grato a los oídos de los españoles. »Las trompetas de que usa su caballería son unas cornetas hechas de canillas de piernas de españoles, y de indios nuestros amigos, con los cuales hacen un son tan triste y funesto, que causa enfado y pesadumbre el oírlo« (González de Nájera, pp. 114-115).

Pero los araucanos no sólo se hicieron buenos jinetes y formaron cuerpos de caballería ligera. También inventaron un nuevo sistema de infantería montada que era una innovación no sólo para Chile, sino para las tácticas de la época en general. Una carta de fray Francisco Rivero al rey escrita poco después de la muerte de Oñez de Loyola, en marzo de

1599, da cuenta de esta táctica. Dice que entre los indios «hay mucha gente de a caballo, que los tienen muchos y muy buenos y los saben bien manejar; todos estos caballos han tomado de los españoles y cuando vienen a dar en un pueblo, los de a caballo traen otros tantos flecheros a las ancas»⁹¹.

Una noticia de treinta años después especifica que «han-se hecho estos indios con el curso de las armas y largo ejercicio de la guerra, excelentes soldados, ejercitanse a caballo y manejan las armas con desentado y destreza: la que más usan es lanza de treinta palmos, así los infantes, como los de a caballo, y por este lado juzgo que nos hacen grandes ventajitas, por-que teniendo armas iguales, convierten siempre que conviene la caballería en infantería, y para su defensa usan coseletes de cuero de vaca, peto y espaldar, y celadas suficientes en la fortaleza para resistir el más fuerte bote de lanza, y cada uno lleva a la grupa lo que ha de comer todo el tiempo que durare la oca-sión»⁹².

Se desprende de lo aducido que los araucanos se habían perfeccionado en el arte de la guerra a un extremo en que la caballería y la infantería eran armas temibles para los espa-ñoles, que llegaban a enfrentarlos desprovistos por entero del primitivo temor de los años iniciales de la conquista.

Las artimañas que usaban los araucanos eran numero-sas. Ya se ha hecho mención de los fuertes, de las zanjias con estacas aguzadas y de las trincheras protegidas con ramas espinudas. El discurso de las batallas habidas durante el siglo xvi y el siguiente proporciona todavía mayores informaciones de la capacidad inventiva de los araucanos en contra de los españoles.

Desde luego, los indios no descuidaban los factores psico-lógicos en contra del enemigo. Mariño de Lovera dice «que no ponían poco pavor con su apariencia por tener los rostros y brazos pintados de colores, con muy buenas celadas en sus cabezas adornadas de vistosos penachos, estando el resto del cuerpo muy bien armado hasta la rodilla con aderezos, que ellos hacen de cueros, y otras cosas, que la larga experiencia les ha mostrado» (Mariño de Lovera, p. 321). Añadían a su aspecto pavoroso un continuo griterío durante la batalla y el sonido de sus trompetas hechas de canillas humanas.

En época temprana ya los indios multiplicaron su ingenio

en las batallas para hacer frente a los españoles. El cronista tantas veces citado refiere el sitio del fuerte de Arauco en 1563 y a través de su relato se ve con claridad el respeto que habían adquirido por las posibilidades de recursos de los indios. «No fueron pocas las aflicciones en que los nuestros se vieron en este tiempo: porque las estrategias y máchi-nas de los indios nunca cesaban de ejercitarse, saliendo a cada hora con nuevas invenciones. Y hubo vez que habiendo juntado gran suma de haces de carrizo y paja lo arrimaron a la fortaleza por todas partes, poniéndole fuego para ahogar con el calor y humo a los de dentro». «También atajaron todas las vías por donde entraba agua dentro del fuerte: tanto que aun hasta un pozo que en él había tuvieron traza para secarlo haciendo por de fuera otro tan profundo como él, en cuyo suelo iban cegando todos los veneros por donde le iba el agua que lo conservaba». Añade el cronista que para privar por completo de agua a los españoles, a otros pozos y charcos les echaban cuerpos muertos y yerbas ponzoñosas. Puede que en el relato haya algo de fabuloso en lo que sigue, pero en todo caso es una muestra del crecimiento de la industria de aplicación bélica entre los indios. «La multitud de flechas que los indios echaron dentro de la fortaleza fue tan excesiva, que no sola-mente fue suficiente leña para guisar de comer quince días enteros a toda la gente que en ella estaba, pero aun ultra destas, y muchas otras que royeron los caballos, sobraron otras po-quillas, que antojándoseles a los soldados de contarlas por su entretenimiento, hallaron ciento y setenta mil». Además de las estrategias y artificios ya enunciados, en el mismo sitio los indios hicieron toda suerte de trincheras y fosos en torno al fuerte español, por las cuales se comunicaban y al mismo tiempo se defendían de los tiros de los arcabuces y piezas de artillería, «cuyas balas aunque pasaban muy adelante de lo que ellos estaban, con todo eso no podían hacerles daño alguno en tanto que ellos no salían a campo raso» (Mariño de Lo-vera, pp. 282-284).

En 1580, estando Lorenzo Bernal de Mercado en las tie-rras de los coyunches, fue acometido su campamento por una junta de enemigos, cuya primera maniobra fue cerrar los fuegos que había en él con la piquería, para impedir que los españoles pudiesen encender las cuerdas de los arcabuces.

No alcanzaron a cercarlos todos, en cuyo caso la derrota española habría sido inevitable. (Rosales, II, p. 204).

En el sitio de la Imperial, en 1599, llegaron aun a desviar el curso de un río, según refiere Rosales, para apretar más a los españoles y alejarlos del lugar de donde se proveían de agua (Rosales, II, p. 310).

Durante el invierno del año 1600, y teniendo sitiado el fuerte Arauco, una noche los indios utilizaron escalas para subir a las paredes y tejados de la fortificación, logrando llegar arriba más de cuatrocientos de ellos, capitaneados por un mestizo de Quito, que tal era el autor de la idea (Rosales, II, p. 356).

El mismo año asaltaban la ciudad de Osorno, reducida a un fuerte, «usando de varias invenciones, de fuego para quemar los edificios de adentro y disparando grande lluvia de flechas y piedras, arcabuces que también llevaban» (Rosales, II, p. 336).

En el asalto del fuerte de Borroa en 1606 se juntaron «tres mil infantes escogidos y seiscientos de a caballo, marcharon con grande lustre de armas de acero, penachos, bandas y vestidos de gala de las muchas que habían saqueado en las ciudades de la Imperial, Valdivia y la Villarrica, y muchos iban vestidos con sobrepellices, hábitos de clérigo y vestiduras sacerdotales para engañar a los españoles y que entendiesen que no eran indios o por mofar de ellos y hacer gala de los desposjos» (Rosales, II, p. 459).

Mientras la Villarrica estaba sitiada, en los asaltos de los indios se utilizaban corrientemente escalas y tablones que arriñaban a las paredes para tratar de subirlas (Rosales, II, p. 322).

Los araucanos no conocieron los eficaces venenos de otras regiones de América, pero hasta donde les era posible trataban de colocar ponzoña en sus flechas. Utilizaban para este fin el zumo del colliguay, con el cual a veces los heridos se hinchaban y morían. Los españoles llevaban consigo como remedio el solimán (Rosales, II, p. 377). Pero lo peligroso de las flechas no era el veneno, pues las referencias a él son escasas, sino su poder de penetración, que si se ha de creer a González de Nájera, era tan formidable como para traspasar

de parte a parte los remos de una embarcación. (González de Nájera, p. 103).

Como los españoles se especializaron en recorrer sistemáticamente las tierras de los indios rebeldes destruyendo sus sembrados, éstos comenzaron a hacer sus siembras en lugares más escondidos e inaccesibles, fuera del alcance del enemigo y también solían esconder mantenimientos en cuevas y sitios secretos para poder sustentarse (Mariño de Lobera, p. 214). Este sistema continuó durante todo el siglo XVII, lo que no excluía que los indios tomaran su revancha. Con frecuencia esperaban que los frutos estuviesen cerca de la madurez, en particular aquellos destinados al sustento de los fuertes, y viniendo de noche a caballo, recorrían los sembrados en todos sentidos hasta dejarlos inservibles. (González de Nájera, p. 114).

Para los indios fue extraordinariamente importante llegar al cabal conocimiento de las armas españolas y de las tácticas que se usaban contra ellos, porque de un lado significó ello perder el temor a las armas de fuego, explicarse su funcionamiento y de contrapartida, poder desarrollar a su vez formas de lucha más favorables con las circunstancias en que las armas españolas eran empleadas.

Así, el arcabuz, que era el arma de fuego más frecuentemente empleada contra ellos durante el siglo XVI, se les fue haciendo familiar y a poco correr de los años ya no era el instrumento misterioso que lanzaba la muerte a distancia sin que se supiera su verdadero funcionamiento. Fue relacionada la carga de pólvora con las municiones y la mecha con que era disparada la carga. Sin duda cupo parte apreciable en este conocimiento a los mestizos que desertaban de las filas españolas y a los yanaconas que estando al servicio de los españoles mantenían comunicación con los indios de guerra. En 1558, en tiempos de García Hurtado de Mendoza, después que los indios fueron desalojados de un fuerte que habían hecho, se encontraron en él algunos arcabuces «que habían tomado en las victorias pasadas y mucha munición que habían rescatado a los indios yanaconas, aunque esto les aprovechaba poco, por no saber usar de los arcabuces; porque al tiempo que van a ponerles fuego no tienen ánimo para tener el ojo firme en la mira; y así es lo ordinario asestar el arcabuz hacia

bajo, con particular providencia divina, pues a saber aprovecharse deste instrumento, no hubiera hoy cristiano en todo Chile» (Mariño de Lovera, p. 241). Hacia fines del siglo parece haberse generalizado más el uso del arcabuz por los indios. En 1599 se dejaba constancia en una información que la infantería indígena usaba arcabucería, «que tienen en su poder de españoles que han muerto y pólvora y municiones que han tomado»⁹³. En el asalto a la Villarrica también había indios arcabuceros (Rosales, II, p. 322). El año 1602 Alonso de Rivera tuvo una batalla en la cuesta de Villagra y el escuadrón de los indios venía gobernado por un mestizo «llamado Prieto, que poco antes se había huido al enemigo y traía algunos indios tan bien industriados en disparar sus arcabuces que el gobernador se admiró de ver a indios apuntar tan bien, arriamar el arcabuz al roñstro y en disparando darle vuelta con tanta gala y volver a cargar» (Rosales, II, p. 368). Este mismo mestizo concibió un proyecto que a los ojos de los españoles apareció como realmente diabólico. Consistía en dotar al bando indígena de una fábrica de pólvora, para cuyo objeto alcanzó a avanzar varias diligencias. De los volcanes Llaima y Villarrica hizo sacar azufre, en hornos preparados para el efecto hizo hacer carbón y se acumuló las capitas de salitre que se formaban en las vegas durante tres años. Finalmente, los españoles le convencieron que regresara a su bando bajo seguro de la vida, y hecho esto le sacaron del reino, enviándolo al Perú⁹⁴.

Familiarizados los indios con las armas de fuego, estaban en mejores condiciones para saber cuándo éstas eran eficaces o ineficaces. En una emboscada que hicieron a la escolta del fuerte de la Imperial, en 1606, seguros de que los españoles iban con las mechas de sus arcabuces apagadas, dieron sobre ellos y les mataron a todos. Igualmente, los indios preferían atacar cuando caía un aguacero, pues sabían que las mechas y las armas no eran de efecto estando mojadas (González de Nájera, pp. 75 y 95).

Sería largo enumerar todas las tretas de que se valían los indios para hostilizar o atacar a los españoles, pero merece mencionarse aquella táctica, que explica el mismo cronista, que consistía en marchar paralelamente a los ejércitos españoles, pero por las cumbres de las montañas inmediatas

a los valles porque iban éstos, arrojándoles piedras y troncos, avisándose con humos y fuera del alcance de los mosquetes, con lo cual dificultaban el avance del enemigo y solían causarle perjuicios de importancia. La astucia indígena incluía también la siembra de frutillares en las laderas de los cerros boscosos, donde esperaban escondidos a los incautos que se separaban del ejército, y los mataban descuidadamente mientras cogían la golosina (González de Nájera, pp. 88-89).

La impavidez de los primeros tiempos frente a las armas españolas la reemplazaron los indígenas por tácticas para esquivar los proyectiles, como anota Pineda y Bascañán que lo hacían en la batalla de las Cangrejeras en 1629, en que venían «dando unas veces saltos para arriba los infantes, y otras, por desmentir las balas que les tiraban, cosiéndose con el suelo»⁹⁵.

La habilidad para eludir el fuego de los españoles fue adquirida junto con otras mejores formas de afrontar el ataque. De los simples pelotones que constituían los indios en las batallas en los comienzos de la conquista, se pasó pronto al aprovechamiento del terreno en todo cuanto ofrecía posibilidad de transformarlo en su favor, valiéndose de las ciénagas y pantanos, montes, quebradas y otros accidentes, haciendo lo posible por elegir el sitio de la lucha y no permitir al enemigo hacer él la elección, presentándose en escuadrones que dirigían sus picas en formación cerrada contra la caballería española, ofreciendo así una protección eficiente a sus guerreros. González de Nájera denomina a la primera actitud de los indios, en que éstos sólo confiaban en su número, «un ir a morir bestialmente», señalando que tal actitud cambió profundamente en el curso de su experiencia, «de donde ha nacido lo mucho que habemos venido a perder de lo ya ganado en aquel reino» (González de Nájera, p. 97).

Guevara ha formulado una clasificación de la vida militar araucana en cuatro periodos, de los cuales interesan aquí sólo dos, por razones de su ubicación cronológica. El primero de ellos es «el de sus guerras primitivas al comenzar la conquista». Es decir, toma como un bloque toda la realidad prehispánica y la acepta con ciertas formas dadas en el momento de la llegada de los españoles. Los problemas del desarrollo prehistórico no incumben al presente estudio,

que no podría incidir en aspectos hasta ahora en gran parte desconocidos. El segundo período que señala Guevara es el de la evolución militar, por imitación de las armas y algunos métodos de los españoles, desde el último tercio del siglo XVI y todo el XVII. Tal vez señalar sólo el último tercio del siglo XVI constituya una limitación de la rapidez con que los araucanos se asimilaron a las tácticas europeas o aprendieron a soportarlas con mayor éxito, pero es razonable en cuanto es en este último tercio que se hace más sensible la transformación experimentada en el orden bélico. Por estos años, y conjuntamente con la evolución de otros factores ya señalados, se acentuaba la autoridad del jefe militar, antes inestable, a tal punto que «un cacique principal desempeñaba las funciones de primer jefe y otros de capitanes subalternos que mandaban las divisiones bajo las inmediatas órdenes del primero»⁹⁶.

De estas transformaciones sustanciales del sistema de guerra de los indígenas chilenos se derivaron consecuencias particularmente graves para el bando español. Al comienzo, la fuerza de las armas europeas era incontrastable, pero en la medida en que la milicia indígena fue perfeccionándose se comenzó a establecer un verdadero equilibrio de fuerzas, lleno de altos y bajos, que vino a romperse en 1598, con la gran rebelión que siguió a la muerte de Oñez de Loyola. Durante estos años y los primeros del siglo siguiente, los españoles se sintieron al borde del abismo, conscientes del poderío de los indígenas. Sin embargo, las transformaciones bélicas experimentadas por el bando indígena no son las únicas causas que explican el equilibrio alcanzado entre ambos contendientes. La constitución y formas del ejército español tenían deficiencias y contradicciones de enorme importancia y constituyen el reverso del problema histórico. Sin su análisis la explicación pecaría de parcial y deformaría la verdad. La milicia indígena se hizo más poderosa con el transcurso de los años, pero con sólo estos cambios no alcanzaba a equipararse a un ejército europeo. No se explicaría tampoco que por el mejoramiento de las técnicas guerreras indígenas se produjese una ruptura del equilibrio militar alcanzado, como la de 1598, ya que la rebelión terminó siendo conjurada en cuanto al peligro de perder el reino completo, y la sociedad

española, entendida en conjunto, logró perpetuar su dominio, mermado es cierto, pero lo que también es verdad, recurriendo a recursos extraordinarios, en los que los mayores sacrificios cupieron al Estado, que se vio obligado a modificar por entero la política militar adoptada en sus posesiones de América y a practicar innovaciones que para la mayoría no eran convenientes, por el gasto que significaban.